III VIRTUDES PROUDHONIANAS

Proudhon no estaba libre de enormes defectos. Ciertamente no fue ese monstruo de orgullo y egoísmo que nos pinta Desjardins, "calumniando a sus amigos, rebajándolo todo a su alrededor (1)". Tampoco fue el escéptico imaginado por Alfred Sudre, "dedicado a quebrantar todas las creencias, a obscurecer todas las verdades, a marchitar todos los sentimientos (2)". Tales apreciaciones no son ni siquiera caricaturas. Proudhon ha tenido derecho a decir, llegado al término de su existencia: "No habré sido popular como escritor; y como pensador más que un medio hombre; poco me importa. Pero he sido, creo, un hombre honrado; ahí me pongo sin ceremonias a la altura de todos los maestros (3)". Es demasiado cierto, sin embargo, que tenía un orgullo îngenuo y un temperamento violento que le llevarían a muchos errores e injusticias; una tendencia habitual al menosprecio, una disposición a los humores sombríos (4), que los deberes, la enfermedad, también la conciencia de lo que en él había de "desgraciado", acrecientan y agrían (5). Su amor a la independencia degeneró rápidamente en orgullo receloso (6); su culto al derecho, en espíritu "pleiteador (7)". Incluso su sabi-duría era algunas veces un poco corta, un poco rastrera (8); su buen sentido, robusto en extremo, permanecía cerrado a ciertos matices de sentimiento e incluso a ciertas delicadezas de pensamiento. A pesar de algunos detalles asombrosos, pero siempre pasajeros, sobre el mundo del misterio y sobre la vida interior, se apre-cia en él una falta habitual de profundidad espiritual, que le hace dependiente en exceso de las actualidades de su siglo y le expone a los desecamientos de la acción. Su aguda ironía (9) se hacía demasiado gustosa-

mente burlona, y su rudeza plebeya (10) ignoraba los límites exactos de la franqueza y de la brutalidad: "No tengo aptitud para la veneración, y si hago algún propósito es el de estamparla en la frente de todos los mortales (11)". La miseria, el infierno de la política, el exilio, enturbiaron a menudo su juicio. Por lo demás, ningún hombre, con una humanidad tan rica como la de Proudhon, es simple. Enemigo de toda religiosidad, no puede tratar un problema sin penetrar hasta sus raíces religiosas; pasa en un instante del entusiasmo a lo Madame de Staël a la burla voltairiana; si constantemente da prueba de intemperancia en la franqueza, y de ardor en el empeño, esto no le impide conservar una especie de rufianería aldeana (12) y hasta cierto gusto por la intriga; muy personal en sus apreciaciones, está sin embargo muy influído siempre por sus lecturas (13)... Pero nuestra intención no es la de esbozar un retrato de Proudhon, tampoco la de explorar los arcanos de este alma y mucho menos la de juzgarla. Se ha dicho de Proudhon que era "el gran moralista de la clase obrera (14)"; digamos más simplemente que es uno de nuestros grandes moralistas. Hoy, que su nombre se pronuncia a menudo y ante la urgente necesidad que tenemos de hacer una llamada a todos los tesoros de nuestra tradición espiritual, no resultará inútil revelar algunas de las virtudes de su obra y su vida que nos interesa predicar, virtudes siempre mezcladas, a menudo paradójicas, que provocan reflexiones y hasta reacciones fecundas.

Una "sangre rústica (15)" corría por sus venas. Tenía horror no solamente de la vida sibarita sino de toda existencia demasiado fácil; horror de "la moral desaliñada (16)", del "dejar pasar" y del sentimentalismo. Si detestaba tanto a Rousseau, era sin duda a causa de la tiranía estadista a la que conducía su sistema; pero era también porque su obra nos lleva a creer "que la contención es inmoral, que nuestras pasiones son santas, que el goce es santo (17)". Es decir, que si ha criticado el ascetismo cristiano, es porque lo ha interpretado torcidamente. Sabe y proclama que el hombre

es por naturaleza egoísta e injusto, y que le es preciso luchar ante todo contra sí mismo (18). Adopta con gusto, sin afectación, un cierto tono espartano y romano, atemperado desde luego por un lenguaje libre y por su amor a la "jovialidad (19)". El progreso más auténtico reside a sus ojos en la liberación gradual de la esclavitud de los sentidos (20). A los que guieran ser dueños de sí mismos, es decir, libres y fuertes, les recuerda que la primera obligación es saber mandar en sus sentidos y ser continentes (21). Incluso el corazón ha de ser domado. Confiesa que el suyo late a menudo con violencia, pero él se impone una disciplina y se refugia en "las altas especulaciones filosóficas" que, por momentos, se convierten para él en "una verdadera pasión (22)". A todos recomienda el trabajo. "El trabajo invita a la castidad", anota en su carnet de 1845; y todavía esta corta frase, que debe tomarse más bien como un imperativo que como una constatación: "Es necesario que el hombre trabaje siempre". Enfermo, en pleno período de crisis, prosigue intrépidamente su tarea (23). En los días malos de su exilio, creyendo asistir a la decaden-cia de su nación, exclama: "Moriría de pena si no distrajera mi dolor con el trabajo (24)".

Junto con el trabajo, ama la lucha. Escribe magníficamente: "Yo soy hombre, y lo que amo por encima de todo en el hombre en este humor belicoso que le sitúa por encima de toda autoridad, de todo amor, de todo fatalismo, y por el cual se revela a la tierra como su legítimo soberano (25)". Inquietante grandeza... Ama también la austeridad viril. Quiere la sobriedad, y no teme hablar incluso con los sacerdotes de "mortificación"; la aconseja, "no porque haya en este régimen ninguna virtud mágica, sino porque nos ejercita poco a poco para dominar la naturaleza y espiritualiza por así decirlo nuestro ser (26)". Declara tajantemente a un amigo: "El que no sabe sufrir con paciencia no es un hombre (27)"; y, aplicándose su máxima, confía algún tiempo después al mismo amigo, en un día de sufrimiento: "Es necesario que sufra un poco y que sienta la desgracia de vez en cuando. Esto me levanta, me

vigoriza y me sienta bien (28)". Otras máximas revelan en él sentimientos que se pueden considerar a la vez corneilianos y pascalianos. No es acaso digna del Cid o de Cinna esta confidencia que le hace a Pauthier el 13 de agosto de 1843: "La palabra fatalidad no significa nada para el espíritu; siempre que la oigo pronunciar me parece estar aturdido (29)"? Y más tarde, después de un año de enfermedad que lo ha gastado mucho: "Es todavía una nueva experiencia: el hombre ve descomponerse su máquina; en el fondo, su cabeza y su corazón no envejecen en absoluto (30)". Si admira tanto a Wellington es porque "éste ha luchado solo contra el desaliento universal, y vencido a un hombre que había terminado por llegar a ser una necesidad (31)". La libertad que concibe no es una libertad cualquiera; sabe que cuando ella no tiene "ni lastre ni brújula" es "la de todos los delitos (22)"; él la quiere, ante todo, potente para dominarse, rigiendo e inspirando el amor mismo: "El genio francés es la libertad, la cual no existe desde el momento en que los efectos de la sensibilidad y los arrebatos de la imaginación llegan a ser dominantes... Es de la libertad de donde deben partir nuestros afectos, recordadlo, no de la sensibilidad (33)". Una tal idea, ¿no está conforme con la doctrina del Discours sur les passions de l'amour?

Estos pocos rasgos de su carácter nos hacen comprender mejor la pasión de Proudhon en relación a la familia y a la pobreza.

Antes que Péguy, ha encontrado acentos profundos para hablar de la miseria. Ha analizado largamente el fenómeno social del pauperismo, hecho del contraste entre el hambre que sufren los unos y la "voracidad insaciable de los otros". Ha descrito esta "hambre lenta", esta "hambre de todos los instantes", de todo el año, de toda la vida, "hambre que no mata en un día, pero que se compone de todas las privaciones y de todos los anhelos; que mina sin cesar al cuerpo, arruina el espíritu, desmoraliza a la conciencia, bastardea a las razas, engendra todas las enfermedades y todos los vicios, el alcoholismo entre otros, y la envidia, la aversión al

trabajo y al ahorro, la bajeza de alma, la falta de delicadeza de conciencia, la grosería de las costumbres, la pereza, la mendicidad, la prostitución y el robo". Esta hambre lenta es, sigue diciendo, "la que mantiene el odio sordo de las clases trabajadoras contra las acomodadas y la que suscita tanto la ferocidad de las revueltas como la tiranía del terror (34)".

Pero este horrible cortejo es el de la miseria, no el de la pobreza. Esta, por el contrario "es el principio del orden social y nuestra única felicidad aquí abajo (35)". Proudhon reacciona aquí contra la locura del siglo, "más loca que todas las que ella tiene la pretensión de reemplazar". Ciencia económica, escuelas socialistas, gobiernos, se unen hoy para empujar al hombre a su perdición, inculcándole un falso ideal de riqueza y comodidad. "Enriqueceos". Este no es sólo el grito de un ministro, es la consigna universal. Una ética nueva alimenta la fiebre del lucro, de la ganancia, inflama todas las concupiscencias y la "conciencia pública (está) por así decirlo revuelta, sin orden ni concierto (36)". Por todas partes se exhibe el lujo o gruñe la envidia. Un encadenamiento tal, es contra naturaleza. El hombre "debe buscar la dignidad de su ser y la gloria de su vida" en una labor cotidiana y en una frugalidad rigurosa (37)". Su destino, "completamente espiritual y moral", le impone un régimen de coderación. Lejos de intentar sustraerse a la ley de la pobreza, debe encontrar en ella el principio de su alegría (38). Debe de saber que su trabajo, aun antes de contribuir a su subsistencia, tiene por fin revelarle su nobleza: porque ésta es "la misión del espíritu y por él ante todo, el hombre se eleva por encima del reino animal (39)". No hay que dejarse impresionar por esta turbamulta de "bancos de Bolsa, de millones y de millones de millones". A los que se entristecen por su pobreza, Proudhon recuerda que "esta magnificencia no es más que un descuento sobre el producto del trabajador antes de la fijación del salario". "Aceptad, les dice, virilmente vuestra situación y pensad de una vez para siempre que el más feliz de los hombres es el que mejor sabe ser pobre (40)". Por lo demás, aunque no es la miseria, la pobreza tampoco es la holgura. "Esto sería ya la corrupción para el trabajador. No es bueno que el hombre tenga comodidades; es preciso, por el contrario, que sienta siempre el aguijón de la necesidad. El bienestar sería aún peor que la corrupción, sería la servidumbre; e importa que el hombre pueda, en ocasiones, ponerse por encima de la necesidad y pasarse aun sin lo necesario. Pero la pobreza también tiene sus alegrías íntimas, sus fiestas inocentes, su lujo de familia, lujo enternecedor que hace resaltar la frugalidad acostumbrada del hogar". Y para cantar esta pobreza, Proudhon se pone lírico:

"La pobreza es decente; sus vestidos no están agujereados como la capa del músico, su habitación es limpia, salubre y cerrada; se muda una vez, al menos, por semana; no está ni pálida ni hambrienta. Como los compañeros de David, irradia salud comiendo sus legumbres; tiene el pan cotidiano, es feliz (41)".

Este ideal había sido entrevisto por la "sabiduría antigua", pero es el cristianismo quien primero lo hace ley de una manera formal. Proudhon se cree obligado a hacer una reserva, según su idea habitual, sobre todo lo que viene al hombre por vías místicas; piensa nada menos que la "pobreza glorificada por el Evangelio es la verdad más grande que Cristo haya predicado a los hombres", y concluye diciendo que "si viviésemos, como dice el Evangelio, en un espíritu de pobreza alegre, el orden más perfecto reinaría sobre la tierra (42)".

Un detalle hace pensar una vez más en Péguy. Daniel Halevy cuenta cómo a sus camaradas, que le proponían, orgullosos de su idea, jugar a las carreras para engrosar la caja de sus buenas obras, Péguy respondió en un tono de autoridad que no admitía réplica: "No se juega (43)". Proudhon no era menos intransigente. Escribía a su amigo Maurice el 29 de julio de 1863:

"No he jugado ni jugaré jamás ni una moneda de diez céntimos a ninguna lotería. Lamentaría con amargura el perderla y me avergozaría, si tuviera suerte, del placer que me causaría la ganancia (44)."

La misma seriedad —"esta gran virtud desconocida que se llama la seriedad (45)"— se encuentra en la doctrina proudhoniana de la familia (46); la misma austeridad viril, la misma herencia combinada de la Roma antigua y del cristianismo; también la misma oposición a las ideas del siglo. Se separa en esto no solamente de los sansimonianos y de los fourieristas, que son, dice, "la vergüenza del siglo y el vicio del socialismo", sino de muchos otros también: "Un error deplorable de nuestros demócratas es creer que la familia es una carga que frena la dedicación y la acción; es el objetivo, por el contrario, que nos da aplomo y voluntad (47)". Sabiendo por experiencia lo que es el amor, habiendo pasado por los desgarramientos del corazón y habiendo tenido que triunfar de sus sentimientos, —él lo confiesa un día a un corresponsal al que quería arrancar de una pasión desordenada (48)—, no oculta su desdén por lo que llama "necedades de novela (49)". Sin temer las burlas, flageló este "sensualismo feroz", "este erotismo repugnante que pierde a la juventud y a la familia (50)", "este sensualismo feroz que nos hace aborrecer el matrimonio y la generación y nos empuja por el amor al aniquilamiento de la especie (51)". "¡Qué estúpido es este siglo, exclama, con sus sofismas y sus declamaciones sobre la familia, el matrimonio y la emancipación de la mujer! ¡Qué tonta literatura y qué innoble moral! (52)". No teme reconocer al Estado el derecho de tratar con rigor a los escritores sistemáticamente inmorales (53). Es duro con George Sand, que "recoge, dice, en las inmundicias del siglo" la idea de un "amor, pretendido divino" que no es más que "fata-lismo (54)". Es severo con Michelet, a quien admiraba sin embargo como historiador, y con quien había mantenido buenas relaciones (55). No lo es menos con Lamartine, cuyo **Jocelyn** le parece "una obra escandalosa" y Raphaël una obra "obscena (56)". Rechaza, sobre todo, a Rousseau, padre espiritual de todos ellos, cuya "influencia perniciosa sobre nuestro espíritu y nuestro sentido moral (57)" denuncia. Le acusa de haber to-mado "el sueño de los sentidos por la castidad"; sin duda por "La Nouvelle Eloise", Jean Jacques "ha revelado el amor y el matrimonio"; pero "ha preparado también su disolución; de la fecha de la publicación de esta novela data, para nuestro país, el reblandecimiento de las almas por el amor, reblandecimiento al que debía seguir de cerca una fría y sombría impudicia (58)". El largo estudio sobre Amor y Matrimonio insertado en Justice es un desafío lanzado a los teóricos del relajamiento de las costumbres (entre los cuales llega a meter absurdamente a San Pablo y los Padres de la Iglesia). Este estudio le valdrá numerosas críticas y contribuirá a apartar de él a una fracción importante del socialismo (59). Le valió también ser acusado de misógino y recibió toda una serie de respuestas —"¡Qué charlatanería erótica es todo eso (60)!"—, especialmente respuestas femeninas. Imposibilitado durante largo tiempo para contestar, lo hizo al fin desde Bruselas, poco antes de su regreso a Francia; este es el origen de Pornocratie, que debía aparecer después de su muerte: "Es necesario, escribió entonces a sus editores, los hermanos Garnier, que termine con este asunto de los amores, sobre el cual nuestra generación se arrastra y corrompe, como hicieron en otro tiempo los griegos y los latinos (61)".

Partidario resuelto -con un poco de exageraciónde la autoridad del padre y del esposo (62), no profesaba sin embargo, como se le atribuye con frecuencia y como alguna de sus intemperancias ha podido hacer creer, la inferioridad de decisión de la mujer. Para él, si los dos esposos no son "iguales", no dejan de tener la misma dignidad; son "complementarios, cada uno predominando sobre el otro según el punto de vista; el hombre en poder y la mujer en gracia", y "la balanza de los deberes y de los derechos respectivos" del hombre y de la mujer, debe estar hecha de una manera tal que haya entre los dos sexos "igualdad de bienestar y de honor (63)". El matrimonio se le aparecía como "un pacto de castidad, de caridad y de justicia, por el cual los esposos se declaran públicamente exentos, el uno y el otro, y el uno para el otro, de las tribulaciones de la carne y de las atenciones de la galantería, en consecuencia sagrados para todos, e inviolables (64)". Se le

aparecía como una "unión mística, la más sorprendente de todas las instituciones humanas (65)". Âsí pues, lo quiere naturalmente "monógamo y perpetuo". "El es, dice, el fruto de la civilización", es "la expresión de la individualidad y de la dignidad del ciudadano (66)". Siempre fue adversario decidido del divorcio. El programa revolucionario que sometió a los electores del Sena en 1848, contenía el matrimonio monógamo, "cuyos caracteres fundamentales, dígase lo que se diga y hágase lo que se haga, son la perpetuidad y la inviolabilidad... Consideraré toda ley sobre el divorcio como un estímulo al libertinaje y un paso atrás (67)". Poco después, en las Confessions d'un révolutionnaire, observaba: "Sobre la cuestión del divorcio, la mejor solución es aún la de la Iglesia"; si no, "el contrato matrimonial no es en realidad más que un contrato de concubinato (68)". Y el 19 de noviembre de 1852, en su li-bro de notas: "Divorcio, tratar de nuevo esta cuestión y resolverla como la Iglesia, pero por consideraciones más humanas (69)".

Al reeditar Justice, agrega un catecismo del matrimonio. No teme declarar que "todo atentado a la familia es una profanación de la justicia, una traición al pueblo y a la libertad, un insulto a la revolución. El desbordamiento de todos los crímenes y delitos contra el matrimonio es la causa más activa de la decadencia de las sociedades modernas (70)". Y si llega a defender la herencia, es a fin de asegurar la estabilidad familiar (71). No es que le pasen desapercibidas las posibles hipocresías. Sabe que una cierta respetabilidad burguesa puede cubrir de mediocridad y hasta de vergüenza este dominio familiar, tanto o más que otros. Un día tuvo ocasión de decirlo. Fue para responder a los temores que algunos aparentaban tener frente al atrevimiento de su programa social. ¿Sus doctrinas subversivas no iban a destruir la familia al mismo tiempo que todo el orden establecido? Se revuelve, y con todo su vigor asesta su golpe:

"Comencemos, si os parece, por dejar la familia aparte. No os corresponde, burgueses, que corrompéis a vuestras mujeres y ven-

déis a vuestras hijas, después de haber explotado sin medida y sin remordimiento a las otras hembras, hablar de la familia. La familia, os lo hemos dicho en otras ocasiones, ha llegado a ser, por culpa de la propiedad, un cubil de prostitución en el cual el padre se el sostenedor y la madre la alcahueta. Hombres de carne, antes de que pronunciéis el nombre sagrado de la familia, dejadme pasar un carbón encendido sobre vuestros labios (72)".

A esta concepción "burguesa" que no se atreve a formularse, pero que tiende a instalarse en las costumbres, esperando la reacción libertaria que suscita toda hipocresía, Proudhon opone su ideal en términos mesurados, que traducen un pensamiento perfectamente equilibrado:

"Para formar una familia, para que el hombre y la mujer encuentren en ella la alegría y la calma a las que aspiran, sin las que no estarán nunca más que incompletamente unidos, aunque lo estén por el deseo, es necesaria una fe conyugal; entiendo por ello una idea de su mutua dignidad, que elevándoles por encima de los sentidos les haga, al uno para el otro, aún más sagrados que queridos y haga de su comunidad fecunda una religión más dulce que el mismo amor (73)".

Más allá del círculo familiar, está la patria chica. Esta fue siempre cara a Proudhon. Se proclama orgulloso de pertenecer a una familia conocida por "su respeto a las tradiciones del Franco Condado (74)". Soñó algún tiempo con una Revue de Franche-Comté. Verá con malos ojos la Revue des Deux Bourgognes, porque, decía, la Borgoña se adelanta en esto al Condado y "los borgoñones sólo tienen incienso para ellos mismos (75)". "Nuestra nación del Franco Condado", decía con orgullo (76). Se declara dispuesto a renunciar a toda ambición personal con tal que "en el batallón sagrado de los regeneradores, los hombres de su país brillen en primera línea (77)". Cuando considera a los naturales del Jura "serios y contemplativos, religiosos aunque poco crédulos, capaces de entusiasmo pero no de fanatismo", le parece que hay allí elementos preparados para la "regeneración nacional", y querría que "nuestro pueblo del Franco Condado tomase al fin un papel en los asuntos del mundo". Solamente, agrega, ¡que la juventud "no se envilezca por una imitación culpa-

ble de los vicios extranjeros!". Mediante lo cual, "el Franco Condado puede convertirse en el arca del género humano en medio del diluvio universal (78)". El 11 de abril de 1839, escribía desde París a su paisano Huguenet: "Sufro por mi exilio. ¡Detesto la civilización parisina! y grito a quien puede oirme: Fugite de medio Babylonis (79)". Cuando un incidente desgraciado le hace coger la pluma contra el cardenal Mathieu, reprochará a su arzobispo no haber tenido hacia él "este espíritu de compatriota que anima a todos los del Franco Condado (80)". Más tarde aún, escribirá a su viejo amigo Maurice en un momento de melancolía: "Querría volver a vivir en ese país en el que se formó mi razón, donde mi imaginación tomó su carácter, en el que tuve el primer sentimiento del bien y del mal (81)". Efectivamente, cada vez que puede, vuelve. Solamente allí, al parecer, puede curarse y rehacerse. Un instinto poderoso le mantiene ligado a su suelo natal. Se queja de la "deserción de la tierra"; comprueba con dolor que "el hombre no ama más que la tierra (81 bis)". En cuanto a él, su infancia campesina le ha marcado para toda su vida. Los recuerdos que de ésta reproduce en Justice se cuentan entre las más bellas páginas de su obra (82). Sainte-Beuve ha comparado el sentimiento panteísta de la naturaleza, que se desprende de ellas, a las de un Maurice de Guérin (83). Pero sin excluir el simbolismo, la nota es más realista; se siente siempre en ella la experiencia del hombre de campo, que "ama a la naturaleza como el niño quiere a su nobriza, menos ocupado de sus encantos que de su fecundidad (84)"; y si habla del tiempo de su primera infancia, en la que, revolcándose en los prados, apenas distinguía "el yo del no yo", cuando llega en su relato a los años que siguen a los días de colegial y evoca al joven corrector de imprenta que huye del taller de atmósfera infecta para correr a los altos montes que rodean el valle del Doubs, se nos muestra en días de tormenta, "acurrucado en el agujero de un peñasco", gozando "con mirar cara a cara a Júpiter fulgurante", sintiendo que "toda crisis de la naturaleza es un eco de o que pasa en el alma del hombre (85)". Así, para este creyente en la persona y en la libertad, el alma es lo primero y la naturaleza su eco. Por lo demás, como ha observado Georges Sorel (86), estos recuerdos de infancia no escapan a la ley general del espejismo, y Proudhon lleva a ellos muchas reflexiones que son fruto de su edad madura. En esto mismo se revela la profundidad de sus sentimientos.

¿Entre estos sentimientos se encuentra también el de la patria? Se ha puesto en duda. Se le ha querido negar: en sus Matériaux d'une théorie du prolétariat. Sorel, aquí más paradójico, ha querido probar que Proudhon "fue un internacionalista tan categórico como Marx (87)". Se comprende qué es lo que ha motivado esta tesis: se trataba de reaccionar contra los que querían anexionarlo a su nacionalismo y de quebrantar la exaltación artificial de cierta clase de "socialismo francés (88)". Proudhon, en efecto, había dicho, al criticar a los "mitólogos" y a los "aduladores", que pro-clamaban sin moderación que en Francia estaba "la raza elegida": "Desconfiemos de este nacionalismo (89)". En una ocasión ha llegado a escribir, yendo ciertamente más allá de sus pensamientos, en una carta a Herzen, que entreveía "una revolución más radical, que hará desaparecer, a la vez que los grandes Estados, todas esas instituciones, en adelante sin fundamento de nacionalidad (90)". Admitamos también que no fue siempre patriota "a la manera común (91)". Pero los numerosos textos que cita Sorel, muestran simplemente que no amaba el chauvinismo, con frecuencia ciego, de la masa y de algunos de sus amigos demócratas, y que les reprochaba que cayeran en un defecto propio de los franceses. Por ejemplo, le daba por escribir con la franqueza que permite una correspondencia amical: "Nosotros los franceses caemos siempre en el chauvinismo; es preciso que nos curemos de esta enfermedad nacional". Terminaba una larga carta a Gouvernet, al cual explicaba la batalla de Waterloo, después de hacer una excursión por el terreno, con este apóstrofe: "Riámonos de los chauvinistas (92)". De algunos otros textos se deduce que Proudhon intentaba convencerse a sí mismo, para tomar con paciencia su exilio, porque

en Bélgica se veía rodeado de gentes honradas que le hacían justicia y le dejaban vivir en paz. Ubi justitla, ubi patria (93). No hay en esto ninguna blasfemia. Por otra parte, no acostumbra a prodigar los elogios; describe con gusto a Francia como el país de la aurea mediocritas (94). Conserva siempre su lenguaje franco y rudo y no cede jamás los derechos de la crítica. Así, en Révolution sociale, se dedica a satirizar los defectos de la nación francesa (95); en otras ocasiones, como 1861-62, fulmina en su correspondencia a una política exterior que convence a muchos de sus compatriotas, pero que a él le parece absurda; escribe por ejemplo a Chaudey: "Somos una nación mezquina e insoportable (96)", o "nuestra pobre nación desciende cada día de la manera más deplorable (97)", o bien explica a Verdeau que el mal que sufre su país es "un mal crónico que tiene su principio en el carácter, la debilidad original y el pasado más remoto de nuestra raza (98)". El exilio y la enfermedad le vuelven amargo. ¿Son éstas sin embargo imprecaciones contra Francia, como pretende Arthur Desjardins, que dice "sentir cierta pena al juzgar a este singular patriota (99)"? Es más bien la expresión de un amor herido, como muestra esta carta escrita a Charles Edmond en el momento en que se desvanecen las últimas ilusiones sobre la política social del segundo imperio: "Estoy triste, tengo el corazón enfermo. Me parece ver entrar a Francia en un período interminable de decadencia, de mentira y de ridículo... (100)".

En realidad, Proudhon es un ardiente patriota. Esto explica, por ejemplo, su actitud frente a la unidad italiana, contra la prensa que se "dice democrática (101)". Si pone en guardia decididamente contra un cierto "humor patriótico", es porque ve en ello "la pérdida del patriotismo (102)" y cuando "llega el momento", sabe decir: "No es filosofía lo que necesitamos, es patriotismo (103)". Da por supuesto que no hay que sacrificar nada del sentimiento francés (104). Ve en Francia "la más espiritual y generosa de las naciones (105)". Ha exaltado con amor la lengua francesa, "la forma más perfecta que ha revestido el verbo humano", ex-

presión de un genio nacional que él admira y cuya pureza quiere conservar celosamente. En literatura como en política, se declara contra el "partido del extranjero". Se alza contra "los calumniadores del genio francés (106)". Su animosidad contra los románticos proviene de que según él, han abandonado el "verdadero genio francés" para entrar en la escuela de otros países (107). Habla de sus "entrañas de galo". Para él, como para los compañeros de Vercingétorix, los romanos son todavía los invasores (108). Nuestra patria, dice, "que no padeció jamás más que por la influencia de extranjeros (109)". Para ella, como para sí mismo, es suspicaz en extremo. Una carta a Pierre Leroux, donde la ironía se transforma poco a poco en un sentimiento apasionado, constituye a este respecto un testimonio conmovedor:

"No, no creo ni en la Tríada, ni en el Círculo ni en la Metempsícosis, ni más ni menos que en la resurrección de los muertos y en la monarquía constitucional. No soy ni teísta ni panteísta, ni ateo. No tengo otra fe, amor, esperanza que la Libertad y la Patria. Por eso me opongo sistemáticamente a todo lo que me parece hostil a la Libertad, y extraño a esta tierra sagrada de la Galia. Quiero que mi nación vuelva a su naturaleza primitiva, libre por fin de toda creencia exótica, de toda institución perturbadora. Demasiado tiempo, griegos, romanos, bárbaros, judíos, ingleses, se han proyectado sobre nuestra raza: unos le han dado su religión, otros su derecho, éstos su feudalismo, aquéllos su forma de gobierno. Y como si no fuera bastante esta larga invasión de la idea extranjera, venís vosotros a ofrecerle, refrescados por fábulas indostánicas, la Tríada, el Círculo, la Metempsicosis y las castas. Vosotros no deseáis que este noble pueblo, el primero de la tierra, recobre, con su iniciativa, la autonomía perdida. Vosotros intentáis impedirle que viva su vida propia, que hable al mundo con la abundancia de su corazón, y de su genio... ¡Ah!, vosotros no sois de vuestra tierra. No habéis oído como yo, desde la infancia, llorar a los robles de nuestros bosques druídicos la patria antigua; no sentís a vuestros huesos, formados de ese calcáreo del Jura, estremecerse con el recuerdo de nuestros héroes celtas... No habéis visto, al borde de nuestros torrentes alpinos, aparecérseos a la Libertad, bajo los rasgos de una Velleda gala... ¡Vosotros nos traéis la Tríada, el Círculo y la Doctrina! (110)".

Aquí, la "religión de la patria" aparece tan fuerte y, por así decir, tan primitiva, que se puede hablar de un auténtico paganismo. Prolonga de modo natural este amor a la tierra natal en el cual Proudhon, como autóctono, un hijo de derecho de nuestra Galia (111)". Sólo que los instintos en Proudhon son más violentos, son también menos cristianizados, su pasión tiene algo de exclusiva y bravía. Se puede encontrar en otro se puede decir que "era un francés exclusivo, un Péguy, permanece arraigado. Tanto de uno como de él —con tal que se tome la palabra en sentido amplio, no doctrinal— una especie de racismo. Todavía su racismo es a lo galo, exaltando un genio universalista (112) y una tierra de libertad. Todavía este patriotismo está inflamado por un soplo de ideal, donde la utopía se mezcla con la generosidad para acrecentar la fuerza:

"¡Oh patria, patria francesa, patria de los cantores de la eterna revolución! ¡Patria de la libertad, porque a pesar de todas tus servidumbres, en ningún lugar de la tierra, ni de Europa ni de América, el espíritu, que es todo el hombre, es tan libre como en tí! Patria que amo con este amor acumulado que el hijo crecido tiene a su madre, que el padre siente crecer con sus hijos, ¿te veré sufrir mucho tiempo todavía, sufrir no por tí únicamente, sino por el mundo que te paga con su envidia y sus ultrajes; sufrir inocente, por el solo hecho de que no te conoces? Me parece en todo momento que pasas por la última prueba. ¡Despiértate, madre: ni tus príncipes, varones y condes pueden hacer ya nada por tu salvación; ni tus prelados podrían reconfortarte con sus bendiciones. Guarda si quieres el recuerdo de los que han obrado bien, ve algunas veces a rezar sobre sus tumbas; pero no les busques sucesores. Están terminados. Comienza tu nueva vida, joh la primera de las inmortales!, muéstrate en toda tu belleza, Venus Urania; extiende tus perfumes, flor de la humanidad (113)!"

Puede ser un contraste, pero no una contradicción: este patriota, que se muestra algunas veces tan estrecho, tan exclusivo, pone por encima de todo a la justicia (114). Se ha definido a sí mismo con bastante exactitud, el día que escribió a Defontaine: "Cierto amor a la justicia, ayudado de mucha pasión, me ha hecho todo lo que soy (115)". Estas palabras, fechadas el 11 de abril de 1861, hacen eco, a más de veinte años de distancia, a una fórmula análoga que leemos en una carta a Bergmann:

"El amor a la ciencia por un lado me seduce y me ordena pasar a otra cosa, haciéndome creer que he hecho bastante sobre el asunto de la propiedad; de otro lado, el sentimiento de la justicia y el ardor temperamental me arrastran a una guerra nueva, y la cuestión social me ofrece una materia tan rica de tratar, que no puedo renunciar a este tema, donde veo la ocasión de desplegar todas las riquezas del estilo y todas las fuerzas de la elocuencia (116)".

En la especie de oración que pone fin a la primera memoria sobre la propiedad, exclamaba: "¡Dios, que pusiste en mi corazón el sentimiento de la justicia antes de que mi razón la comprendiera!". En más de una ocasión declara que si se le concede la justicia, cesará toda lucha contra la religión; por ejemplo, a Huet, el 25 de diciembre de 1860: "Que la justicia, nuestra fe común, triunfe y no tendré pena ninguna en ver caer al mundo a los pies del crucifijo: no sentiré ni desprecio ni amargura por ello (117)". Es, ya lo hemos visto, el deseo de encontrar justicia para sí mismo, lo que le hace soportar el exilio en Bélgica. "En la edad dichosa de los sentimientos caballerescos", se sentirá devorado por "el celo de la justicia (118)"; y en los últimos días de su vida, emocionado por algunos hechos dolorosos que había sabido por los periódicos, escribía: "Tengo cincuenta y tres años; el entusiasmo juvenil se ha calmado en mí, se han ido las generosidades caballerescas, no siento más que un ardor de justicia inexorable (119)". Cuando adivina en otro una pasión análoga a la suya, no puede contener su gozo. Esto le ocurre con Gustave Chaudey, su abogado en el asunto de Justice. Se siente feliz de que este hombre entre de lleno en su sistema de defensa "combatiendo por la justicia revolucionaria y el derecho humano, más que por el bien del inculpado (120)"; y algún tiempo después, al recibir de él un número de Le Courier du Dimanche. le escribe:

"Acabo de leer su último artículo. Me he dicho, después de leerle a Vd.: He aquí un hombre que es más feliz defendiendo a la justicia que lo sería recibiendo las condecoraciones... del poder, y el oro de los privilegios. Me he dicho: Mi amigo Chaudey le ha tomado gusto al fruto de la ciencia del bien y del mal, a la

manzana de la libertad y al vino de la ira santa. Ya nunca se curará. ¡Bebamos a su salud...! ¡Oh, querido amigo, es Vd. un verdadero revolucionario! (121)".

"En presencia de una sociedad que, embriagada por suertes afortunadas no quería oir hablar más que de éxito, de progreso y de placeres (122)", Proudhon, bajo el segundo imperio, alza la voz de la justicia, de la misma manera que predica sin concesiones las virtudes familiares. Su vocación revolucionaria se explica por su pasión de justicia (por otra parte bastante mezclada), mucho más que por una piedad sentida ante el sufrimiento de sus semejantes. Le mueve menos el amor a la humanidad que el servicio del Derecho. Sabe que la humanidad "sólo marcha a contrapelo, y siempre por empuje de las individualidades (123)". No adula al pueblo. Desprecia a los que lo adulan. Sobre este punto, una vez más, se extravía la malevolencia acostumbrada de Desjardins: "El mismo era del pueblo y halagaba a menudo sus instintos. Halagándole, se encontraba el camino de su corazón (124)". No. Proudhon habla repetidamente del pueblo, sin ilusión; le dice crudamente sus verdades y no sólo en su correspondencia íntima sino también en sus escritos públicos. En la Philosophie de la misère, por ejemplo, proclama que "el hombre es tirano y esclavo de la voluntad antes de serlo de la fortuna; el corazón del proletario es como el del rico, una cloaca de sensualidad hirviente, un lugar de crápula y de impostura"; también "el hombre que vive en la miseria comparte la corrupción de su amo" y "el mayor obstáculo que la igualdad ha de vencer, no está en el orgullo aristócrata del rico, está en el egoísmo indisciplinable del pobre (125)". En Révolution sociale protesta en estos términos contra la demagogia:

"Es hora de que desaparezca esta escuela de falsos revolucionarios que, especulando con la agitación más que con la inteligencia, con los golpes de mano más que con las ideas, se creen tanto más vigorosos y lógicos, cuanto más se jactan de representar mejor a las más bajas capas de la plebe. ¿Y creéis que es para complacer a esta barbarie, a esta miseria, y no para combatiral y curarla por lo que somos republicanos, socialistas y demócratas? Cortesanos de la multitud, jvosotros sois los entorpecedores de la revolución!"

Las mismas ideas una vez más, la misma franqueza en **Justice**. Si defiende allí a la "plebe trabajadora", debe saberse que es "por espíritu de familia primero, pero sobre todo por justicia" y que él "no ha hecho nunca un elogio exagerado de sus virtudes". "Está muy poco avanzada en su educación. Es la necedad, la ingratitud, la violencia, todo lo que podáis imaginaros de más insolente (126)". En fin, hay en **Capacité politique** "toda una parte de cólera contra el pueblo (127)".

Proudhon está pues muy lejos de este amor sentimental y de ese "culto al pueblo" al que sacrifican algunos de sus amigos y de sus compañeros de lucha y exilio. El les exhorta a que se deshagan de esa "falsa religión". Sin duda alguna, no desea que se desprecie al pueblo, pero tampoco quiere que lo conviertan en un soberano: es un salvaje a quien se trata de civilizar. "Golpearé sobre este pueblo, os lo advierto, hasta que haga volar hecho astillas el pretendido dogma de su soberanía (129)". No denuncia solamente la "utopía democrática formulada idealmente por Rousseau", sino también "la ilusión de los Montesquieu y tutti quanti acerca de la sabiduría popular, sobre sus buenos instintos, sus aciertos felices (129 bis)". El proletariado según él, es como la esclavitud: "un mal que quiero destruir, no un Dios a quien ofrezco mi incienso (130)".

"Pero sepa Vd., querido amigo, que lo más atrasado, lo más retrógrado de todo el país, es la masa, eso que Vd., llama la democracia. Por supuesto, yo trabajo por ella, pero yo sé lo que ella es y lo que vale, y no tendré reparo en tomar su causa ante la razón y ante la historia defendiéndola como ella quiere que la defienda (131)".

Se habla de elevar la condición del obrero. Muy bien. Pero para ello es preciso "comenzar por elevar su valor; sin esto no hay salvación, que los obreros se lo tengan por sabido (132)". Un Napoleón III busca "la populachería": Proudhon no imitará este ejemplo; por el contrario, cargará contra ella (133). Se propone permanecer fiel a su programa, educador, no adulador (134). Se declarará pronto a recordar al pueblo "que lo primero que hay que hacer para acabar con el paupe-

rismo y asegurar el trabajo es volver a la cordura, dispuestos a todo para inclinar al pueblo a "la moderación (135)". Escribiendo a Beslay desde Bruselas, el 25 de octubre de 1861, puede decirle con toda verdad: "Me río del favor popular (136)" y lo mismo a Langlois, el 30 de diciembre: "No hago en absoluto la corte a las masas, ya que no me conocen (137)". En vez de "hacer política en el mal sentido de la palabra, maniobrando a través de los caprichos y los arrebatos de la opinión", quiere "afirmar a y contra todos la verdad pura" o al menos lo que él cree en su "alma y conciencia que es la verdad (138)". Opportune, importune. Al enviar al Dr. Cretin su escrito sobre Les démocrates assermentés et les refractaires, le dice: "Verá Vd., en el nuevo folleto que va a leer, que no soy yo quien inciensa a los ídolos y que ahora menos que nunca, no estoy dispuesto a inclinarme delante de Su Majestad Juan Buen Hombre, a quien leo la cartilla sin miramientos... Nosotros no servimos a la omnipotencia de la multitud, trabajamos para su emancipación por el derecho y la libertad". Tal es para él el verdadero sentido, el único aceptable, de la palabra "democracia (139)".

En el crepúsculo de su vida, cuando llevaba de vuelta en París más de diez meses, corrió el rumor de que trabajaba para la policía. Una violenta indignación le arranca entonces estos gritos:

"¡Si yo tuviera mi cerebro de los treinta años! ¡Si como a los treinta años, pudiera hacer fuego por los cuatro costados y responder a todos a la vez! Pero estoy realmente enfermo; no puedo ni pensar ni escribir, es preciso que me contente con apretar el puño en mi bolsillo y tragarme los juramentos. ¡Cobardes y estúpidos humanos! ¡Canalla, especie imbécil! ¡Oh!, si mi propósito no fuera la liberación de esta multitud vil, estaría entre los primeros de aquellos que la explotan. Pero existe el derecho, la libertad, la dignidad humana, la inviolabilidad de nuestras personas, de nuestros espíritus y de nuestras conciencias; esto me sostiene, y no tengáis miedo, no desistiré de ello (140)".

Este hombre era constante, y ni las desilusiones ni los despechos le hacían replegarse. Se vuelve a encontrar aquí, sobreponiéndose a un acceso de misantropía, el principio que enunciara once años antes: "Es necesario servir a la libertad y a la moral por ellas mismas (141)". La fidelidad a este principio había de guardarlo siempre de los arrebatos demagógicos y del servilismo al poder. Estaba siempre dispuesto, según su pintoresca expresión, a "untar de ajo la nariz de cualquier prejuicio (142)". Era ésta por otra parte, mucho menos una actitud adquirida que una disposición natural. Ya en 1848, no había ocultado su desaprobación a las tendencias socialistas momentáneamente triunfantes; pero después de las violentas jornadas de junio, en el momento de la reacción, no renegó en absoluto de sus inclinaciones populares y se negó a "insultar al león agonizante". "Yo he tenido siempre, concluía después de haber referido estos recuerdos, tendré eternamente, al poder contra mí (143)". Ha podido engañarse, algunas veces burdamente. Ha podido dejarse llevar por la pasión. Ha podido ser injusto creyendo servir a la Justicia. Al menos esta voluntad ha hecho de él, en el más noble sentido de la palabra, un independiente.

Con todos sus defectos y sus miserias, era un buen ejemplar de hombre. Se manifiesta a través de sus libros, pero valía más que sus libros. Ni sus desvaríos ni sus cóleras alteraban seriamente su nobleza de alma, de la cual su vida da muchos testimonios. No solo acudía, cuando se presentaba la ocasión, a las necesidades de sus amigos y compatriotas, por ejemplo del pintor Courbet (que fue el origen de su tan curioso Principe de l'art). Adversario de Pierre Leroux, toma la iniciativa de hacer una colecta para él cuando le sabe sumido en la miseria a edad muy avanzada (144). Adversario del gobierno de Napoleón III, que lo arrastra al exilio y cuyos tribunales afectan confundirle con un criminal de derecho común, escribe sin embargo a Beslay, el 15 de abril de 1861: "He de confesarle, entre nosotros, que cuando veo al gobierno imperial tan horriblemente descarriado y a Francia víctima, no tengo valor para dar al paciente el golpe de gracia. Otros cumplirán con este triste deber. Mi naturaleza es luchar contra la fuerza, no aplastar la debilidad (145)". ¡Qué lección para todos los tiempos, pero particularmente para el nuestro! Con los hombres cuyas ideas combate es a veces violento, a menudo burlón. Sin embargo, sabe hablarles humanamente, no con sectarismo. Esta carta del 10 de septiembre de 1863 lo testifica:

"Mi querido Sr. Jottrand, Vd., está entre los adversarios que me gustan... Si algo en el mundo pudiera volverme ecléctico, incluso doctrinario, o completamente indiferente en cuestiones políticas, económicas, religiosas, etc., sería esta respetabilidad eminente que, a fuerza de hacerme estimar a mis contradictores termina siempre por hacerme tomar con cierto desdén mis más íntimas opiniones (146)".

O esta declaración a La Châtre, en agosto de 1856:

"Ya ve Vd., cómo es posible que dos hombres se estimen y se tengan afecto sin que para ello tengan que estar de acuerdo en sus principios, que sin embargo son los mismos en sus corazones. Pero no los desenmarañan de la misma manera en esto se apartan (147)".

Ya se ve que tenía derecho a pedir "que no se juzgue de la dureza de (su) corazón por la inflexibilidad de (su) razón". No nos costará trabajo creerle, cuando añade: "Mis sentimientos, me atrevo a decirlo, han sido siempre lo que amigos y enemigos podían desear que fuesen". Lamentaremos únicamente que su razón no haya sido siempre tan razonable como él parece creerse y que sus sentimientos profundos no hayan siempre aventajado a otros, incluso al exterior, en sus escritos. En cuanto a estos escritos mismos, estaremos de acuerdo una vez más con él: "Por sombríos que parezcan, no son después de todo más que la expresión de mi simpatía por todo lo que es del hombre y viene del hombre".

Esta simpatía humana, que se aliaba muy bien en él con la severidad del moralista y del observador desengañado, florecía a menudo en amistad. Si verdaderamente lo hubiera necesitado, hubiese sido salvado de la misantropía por el culto de la amistad, que tan vivaz fue en él hasta el final. "Yo sólo creo en el estudio y en la amistad", declaraba un día (148); y otra vez: "Estoy harto de la publicidad, lo que necesito son los gozos fortificantes de la intimidad (149)". Tuvo numerosos amigos, algunos muy fieles, y contrajo nuevas amistades —cosa rara— en todas las épocas de su vida. "Es propio de la amistad, dirá en el atardecer de su vida, entre aquellos que la sienten seriamente, que cuanto más gana en extensión, más profundamente penetra (150)". Entre los de su juventud en Besançon, estaban su compañero de colegio y futuro patrón, Antoine Gauthier, estaba Gustave Fallot, que había adivinado su genio y de quien llorará la muerte prematura (151), Haag, Guillaumin, Tourneaux, "el excelente Desirier, cuyo corazón es perfecto" aunque "el espíritu demasiado poco esclarecido (152)", que se ocupa celosamente de sus primeras publicaciones y que le visita en la prisión; Micaud, con quien las grandes divergencias de opinión no bastarán para enemistarle; su futuro asociado Maurice; Maguet, el médico con quien nunca interrumpirá una larga correspondencia y que debía recibir su última carta. Estaba Ackermann, el alsaciano calvinista, con quien gustaba hablar de sus ideas filosóficas. y sobre todo Emile Bergmann, convertido pronto en profesor de literatura comparada en Estrasburgo. A estos, y todavía a algunos otros, se dirigen estas palabras, que encontró forma de insertar en su primera memoria sobre la propiedad: "La beneficencia degenera en tiranía, la admiración en servilismo; la amistad es hija de la igualdad. ¡Oh!, amigos míos, que viva en medio de vosotros sin emulación y sin gloria; que la igualdad nos una, que la suerte señale nuestros puestos. ¡Que muera antes de saber a quién entre nosotros debo estimar más! (153)".

Amistades sanas, robustas, resistentes. Amistades delicadas, cuyo frescor no se marchitaba. Se traicionan a veces por palabras espontáneas, como aquellas que ponen fin a una carta a Suchet, el 3 de octubre de 1854: "Le estrecho las dos manos y creo, cuando le escribo, que esto es un canto de mi alma en medio de mi corazón (154)". A Bourgès le escribe el 15 de abril de 1861, que van a volver a encontrarse pronto los dos

"con cierto perfume de vieja amistad que en 1858 no conocíamos todavía (155)". Recordando un día la época (1854) en que estuvo enfermo de cólera, decía: "Cuando el mal me tenía aniquilado en mi camastro, decía a mis amigos que me cuidaban: "Tened mi mano entre las vuestras, esto me devuelve la vida, me cura el cuerpo por amistad (156)". Todavía en 1861 confiaba a Beslay: "Hay por el mundo una veintena de hombres cuya estima me es más querida que la vida; por estos hombres me dejaría quemar (157)...". ¡Y qué franqueza, qué abandono, a veces qué humildad sincera en las numerosas cartas a Bergmann! Este fue sin duda el amigo más íntimo, aquel de quien se está más seguro que de sí, al que se venera y cuya estima está por encima de todo, pero ante quien no se representa ningún papel. Fue "el amigo de siempre". En todas las ocasiones graves, Proudhon consulta, le confiesa sus faltas, se muestra sin disfraz, piensa y recuerda delante de él como si estuviera solo consigo mismo (158)... Bergmann no es sólo su confidente, es en cierto modo su conciencia. "Después de Gustave Fallot, tú has sido el hombre cuyo juicio y opinión han tenido más autoridad a mis ojos y a quien siempre en mi corazón he temido desagradar (159)".

Las más de las veces sus relaciones amistosas se basaban en una estima recíproca, en ideas y recuerdos comunes, en relaciones familiares, sin intimidad muy profunda. El deseaba vivamente conservar toda su independencia y ésta se traducía algunas veces en amonestaciones. Maltrata por necesidad a aquellos que ama cuando le parece que yerran en alguna cosa (160). Tiene con ellos susceptibilidades delicadas, por ejemplo cuando insiste en pagar a uno un pequeño envío de vino (161). Pero que se presente una ocasión: un duelo, un infortunio, y su gran corazón se muestra entonces sin falsa vergüenza. Así en una carta a Herzen, su colaborador en Le Peuple, que acababa de perder a su madre y a su hijo en un accidente de viaje. La carta está expedida en Sainte-Pélagie el 22 de noviembre de 1851:

"Yo soy padre como Vd., querido Herzen, voy a serlo pronto por segunda vez. Mi mujer misma amamanta a los niños y los cría bajo mis ojos. Sé lo que es esta paternidad de todos los instantes, paternidad que parece multiplicarse por sí misma por una emisión continua del corazón. Noto ya, al cabo de dos años, cuánfuertes son estas cadenas que nos sujetan enteros, como esclavos, a estos pequeños que parecen resumir en ellos, el principio, el fin, la razón de toda nuestra existencia. Puede Vd. juzgar si he sido sensible a su espantosa desgracia...".

"...Herzen, Bakounine, Edmond, ¡yo os amo! ¡Estáis aquí, bajo este seno que para tantos otros parece ser de mármol (162)".

Entre los amigos de Proudhon, había algunos católicos. No eran, en general, los más íntimos (no hay por qué asombrarse, conocido su anticlericalismo) y no parece que hayan correspondido con él de manera muy seguida. Sin embargo, una nota de delicada ternura distingue sus relaciones con alguno de ellos. A uno de éstos, Panet, Proudhon dirige un día una carta deliciosa, para reprocharle amigablemente que hubiera dudado de su fidelidad porque había dejado pasar mucho tiempo sin contestarle (163). Pero citaremos más bien, para cerrar este capítulo, la hermosa carta en la que le consuela y exhorta con grandeza de alma. Panet, envejecido, padeciendo enfermedades, reducido a la inacción, se dejaba llevar de una melancolía quejumbrosa. Le escribe el 31 de diciembre de 1863:

"Es ahora, a poco que Vd. lo sepa comprender, cuando debe comenzar a vivir la verdadera vida del hombre, y habla Vd. el lenguaje de un hombre que resume sus últimas voluntades y escribe su testamento. ¿Será Vd. pues, una de esas gentes para las que la existencia del hombre no tiene más que un fin: producir, adquirir y gozar? Ni lo uno ni lo otro. Es preciso trabajar porque esta es nuestra ley, porque con esta condición aprendemos, nos fortificamos, nos disciplinamos y aseguramos nuestra existencia y la de los nuestros. Pero no está aquí nuestro fin, no digo ya fin transcendente, religioso o sobrenatural, digo incluso fin terrestre, fin actual y completamente humano. Ser hombre, elevarnos por encima de las fatalidades de aquí abajo, reproducir en nosotros la imagen divina, como dice la Biblia, realizar, en fin, el reino del espíritu sobre la tierra: este es nuestro fin. No es en la juventud, ni siquiera en la madurez, no es por los grandes trabajos de la producción ni por las luchas de negocios como podemos alcanzarlo; es, le repito a Vd., en la madurez completa, cuando las pasiones empiezan a callarse y el alma, más y más desarraigada, extiende sus alas hacia el infinito.

¡Qué extraña moral la suya! Después que ha conquistado Vd. comodidad y reposo, dice: Ya no sirvo para nada, estoy terminado. ¡Es indignante! Yo le digo que acaba Vd. de comenzar y si sabe comprender su deber, que su verdadero papel, papel com-

pletamente espiritual, moral, empieza ahora...

Estoy perorando como un maestro de escuela, querido amigo; Vd. me fuerza a ello. Con una conciencia y una inteligencia de élite, le reprocho que se quede debajo de Vd. mismo y se abisme en una especie de reblandecimiento. Pero piense que, cuando le hablo de su papel último, de su destino superior, de su finalidad en la humanidad, no hablo sólo desde el punto de vista de su perfeccionamiento individual, tengo sobre todo presente la mejora de toda nuestra especie. Sabe Vd. mejor que nadie qué dura es de cabeza y de corazón; ¿cree Vd. que sirve esto de excusa a su desfallecimiento? No, no; es preciso ayudar a esta humanidad viciosa, mala, como Vd. hace con sus propios hijos; es preciso decirle que su gloria y su felicidad se compone de la represión de los malos, del estímulo de los buenos, del beneficio de todos. Esta es la ley del Evangelio así como la de la filosofía, y Vd. es aquí responsable delante de Cristo y de los hombres (164)".

Pocas veces el deseo de consolar inspira más bellos acentos. Al leer una página así podemos olvidar todo el contexto que la explica; olvidar todos los rasgos que particularicen a su autor, las amargas luchas que sostuvo, incluso el siglo en que vivió. Este gran trabajador, como vemos, no era un "activista"; este "socialista" no detenía su esfuerzo en la superficie social. Nos invita a pasar tras él la zona donde sus ideas y sus obras se prestarían a tantas críticas. Con él, cuando se descubre a sí mismo plenamente, estamos en el reino del espíritu. Estamos en lo temporal más real, porque estamos ya en un clima de eternidad.

(1). P.-J. Proudhon, sa vie, ses oeuvres et sa doctrine (1896), t. 1, p. 161. Se comprende mal que Charles Maurras haya podido ver en esta obra una "apología" de Proudhon: La action française et la réligion catholique, p. 163.

(2). Histoire du communisme, cap. 19, p. 405 y 406. Cf.

PROUDHON, Justice, t. 4, p. 446.

(3). A Bergmann, 14 de mayo 62 (t. 12, p. 93).

(4). A Villiaumé, 13 de julio 57 (t. 7, p. 265). A Edmond, 23 de abril 61 (t. 11, p. 30). A Chaudey, 24 de marzo 62: "Mi alma está llena de amargura"; y 4 de abril: "Mi pesadumbre, amasada y concentrada después de diez años, torna a la melancolía y a la desesperanza". (T. 14, p. 216 y 223). A Buzon, 22 de agosto: "Lo veo todo negro, todo torcido, todo ridículo, todo absurdo". (T. 12, p. 175). A Delhane, 9 de octubre 64: "Cada vez más, lo encuentro todo irrazonable, absurdo, todo lo que leo, todo lo que oigo, todo lo que veo". (T. 14, p. 64). A Buzon, 30 de octubre 64, sobre la obra que está componiendo: "Tendrá 360 páginas, muchas repeticiones, un gran fondo de amargura" (p. 83).

(5). A Gouvernet, 27 de noviembre 60: "He nacido bajo una mala estrella. La naturaleza me ha hecho más desgraciado que inteligente; de aquí mi miseria: ¿Por qué no consigo agra-

dar? Lo ignoro..." (T. 10, p. 214).

(6). Por ejemplo, a Madier-Montjau, 1 de enero 53 (t. 5, p. 138-139). Cf. t. 1, p. 26. "Un joven sensible y del más irritable amor propio".

(7). A Bergmann, 9 de junio 58 (t. 8, p. 78).

(8). Cf., a Bergmann, 23 de enero 42 (t. 2, p. 11), etc.

(9). A Antoine Gauthier, 2 de mayo 41, le dice: "Franco y leal pero razonador, mordiente, caústico, burlón, despiadado con todos los minus habentes que quieren presumir demasiado" (t. 1, p. 324). Se moteja también de "mala cabeza" y reconoce que el humor y el sentimiento de la injusticia le han agriado: a Tourneux, 1 de septiembre 44 (t. 2, p. 147). Y a Maurice, 26 de febrero 48: "Mi temperamento me lleva a burlarme un poco de todo, incluso de aquello en lo que creo... y esto hace el fondo de mi conciencia (t. 2, p. 288).

(10). Carta a Blanqui, p. 97: ¡Eh! Cuando combato con un ilustre adversario, ¿es preciso que termine todas las frases como un orador en la tribuna, con "el sabio autor", "el elocuente escritor", "el profundo publicista" y otras cien simplezas con las que se ha convenido el burlarse de la gente?" À Edmond, 6 de marzo 52: "Tengo la desdicha, en mi calidad de roca del Jura, de no prever en mis cartas esas grandes consternaciones de mis queridos corresponsales..." (T. 4, p. 230).

(11). A Mme X., 25 de julio 47 (t. 2, p. 239).

(12). PAUL THUREAU-DANGIN. Histoire de la monarchie de juillet, t. 6, p. 138, ha hecho notar "el espíritu de astucia subalterna que había guardado este campesino".

(13). Se notará este doble rasgo de semejanza con

Nietzsche.

(14). EDUARD BERTH. Du capital aux Réfléxions sur la violence, p. 16.

(15). Justice, 5.° estudio (t. 2, p. 328).

(16). A Chaudey, 7 de marzo (t. 12, p. 12).

(17). Misère, t. 1, p. 351.

(18). Ibid., p. 352.

(19). A Gauthier, 2 de mayo 41, (t. 1, p. 323).

(20). Misère, t. 2, p. 374. (21). Pornocratie, p. 25.

- (22). Carta de junio 44.
- (23). Ver,por ejemplo, su carta a Delhasse del 23 de noviembre 64 (t. 13, p. 106).

(24). A Penet, 2 de julio 60 (t. 10, p. 94).

(25). Guerre et Paix, p. 464.

- (26). A Mme X., 13 de julio 56 (t. 7, p. 99).
- (27). A Truche, 27 de julio 54 (t. 6, p. 57).

(28). 4 de mayo 56 (t. 7, p. 58).

(29). T. 2, p. 95.

(30). A Maurice, 8 de enero 60 (t. 9, p. 311).

(31). Parallèle entre Napoléon et Wellington, en Commentaires sur les mémoires de Fouché (ed. Rochel, 1900), p. 158.

(32). Confessions.

(33). A Chaudey, 14 de marzo 59 (t. 9, p. 33). A Neveu, octubre 61 (t. 11, p. 263-264).

(34). Guerre et Paix, p. 349-350.

(35). Op. cit. p. 331. (36). Op. cit. p. 342.

(37). Op. cit. p. 353.

(38). Op. cit. p. 339 y 340.

(39). Misère, t. 2, p. 362: "La facultad de trabajar, que distingue al hombre de las bestias, tiene su origen en lo más profundo de nuestra razón... Los animales de los que decimos que son trabajadores, por metáfora, no son más que máquinas. No conciben nada, por tanto no producen. Los actos exteriores que parecen algunas veces aproximarlos a nosotros, no se distinguen en los animales en cuanto a la moralidad de los movimientos de la vida orgánica... ¿Qué diferencia, desde el punto de vista de la conciencia, podemos distinguir entre la digestión del gusano de seda y la construcción de su capullo? ¿Qué

es pues el trabajo? Nadie lo ha definido todavía. El trabajo es

la emisión del espíritu". Cf. p. 363, 364 y 375.

(40). Guerre et Paix, p. 337. Como ejemplo de los juicios erróneos, tan a menudo hechos sobre Proudhon, citemos este pasaje de Taparelli en la Civittá Cattolica de 1862: "Persuadido de que será bienaventurado si es rico (el pobre pueblo). se pone a buscar atajos para llegar a la riqueza sin trabajo ni ahorro, y los Proudhon no faltan para enseñarle la teoría". (Trad. JACQUIN, 1943, p. 97).

(41). Op. cit. p. 338-339, Cf., a Suchet, 3 de octubre 54,

(t. 6, p. 76).

(42). Op cit. p. 338-341.

(43). Daniel Halévy, Péguy et les cahiers de la quinzaine

(1941), p. 34.

(44). T. 13, p. 129. A Gouvernet, 26 de septiembre 58: "En Spa, he ido a ver la casa de juego; es innoble; y atroz" (t. 8, p. 201). A Mathey, 29 de diciembre 52, sobre uno de sus amigos comunes: "He gemido al ver a este hombre tan inteligente, honrado en el fondo, rechazado, según asegura, de las empresas serias por las intrigas y manipulaciones de la bolsa, etc." (t. 5, p. 129).

(45). Paul Claudel, Le Dauphiné.

(46). Los "grandes principios" que él reivindica son, con la "dignidad personal" y "la nobleza del trabajo", la "familia" y el "respeto a las mujeres". He aquí, declara, "todo lo que amo y venero": A Dulieu, 30 de diciembre 60 (t. 10, p. 274).

(47). A Robin, 17 de octubre 51 (t. 4, p. 378). El socialismo, que quiere "abolir la familia" y "cambiar el papel de la mujer", va "contra la unanimidad del género humano": Misère,

t. 2, p. 198.

(48). A M. D., 16 de enero 59 (t. 8, p. 375). (49). A Maret, 1 de enero 53 (t. 5, p. 135).

(50). Justice, 9.° estudio, cap. 8.

(51). Justice, discurso preliminar.

(52). A Beslay, 27 de octubre 60 (t. 10, p. 192-193). (53). A Langlois, 16 de octubre 59 (t. 9, p. 202-203).

(54). Justice, 11.º estudio, cap. 2 (t. 4, p. 249).

(55). Dando las gracias a Michelet por su libro L'Amour, le confiesa que echa de menos "aquí y allá una expresión de ternura que iba mejor al público de hace 100 años pero de la que, me parece, con la relajación actual, que las almas cobardes no pueden más que abusar (23 de enero 60, t. 14, p. 191).

(56). Justice, t. 4, p. 227-232.

(57). A Villiaumé, 19 de marzo 51 (t. 4, p. 45). Está sin embargo reconocido a Rousseau por su Lettre a D'Alembert sur les spectacles: Pornocratie, p. 379.

(58). Lettre a M. Blanqui, p. 119, nota.

(59). Ya en Misère, t. 2, p. 381: "El socialismo y la literatura romántica, han puesto en camino a nuestra generación". P. 374: "El socialismo, que en vez de elevar al hombre hacia el cielo lo inclina hacia el barro, no ha visto en la victoria alcanzada sobre la carne más que una nueva causa

de miseria; como se había vanagloriado de vencer la repugnancia al trabajo por la distracción, ha intentado combatir la monotonía del matrimonio, no por el culto de los afectos, sino por la intriga y el cambio".

(60). A Chaudey, 30 de octubre 58 (t. 8, p. 341).

(61). 29 de enero 62 (t. 11, p. 358). Proudhon va sobre todo contra el feminismo. A menudo se ha interpretado equivocadamente la posición de Proudhon, como una postura contra la mujer en general, cuando es una sátira contra la mujer emancipada. Ver sus cartas a Mme Jeanny d'Héricourt 8 de octubre y 20 de diciembre 56, en **Pornocratie**, p. 327 y 328. Esta última obra se resiente de la creciente irritación de Proudhon.

(62). A Robin, 12 de octubre 51: "Mis opiniones sobre la familia se acercan al antiguo derecho romano más que a cualquier otra teoría. El padre de familia es para mí un soberano... Considero funestos y estúpidos todos nuestros sueños de eman-

cipación de la mujer" (t. 4, p. 337).

(63), Pornocratie, p. 331, Justice, t. 4, p. 276 y 319.

(64). **Justice**, t. 4, p. 299 y p. 64: "Sin castidad, sin sacrificio, sin constancia, no hay amor entre el hombre y la mujer". (65). **Misère**, t. 2, p. 198; p. 377: "La castidad es el ideal

del amor".

(66). A Robin, 12 de octubre 51 (t. 4, p. 377): "Si la república francesa puede levantarse de nuevo un día, y nuestro país figurar todavía con gloria en los anales del género humano, será a condición de que el matrimonio y la familia, liberados de las trabas que les crea el capitalismo, lleguen a ser el fin y la condición de la gran mayoría de los ciudadanos. El hombre está incompleto fuera del matrimonio, y ningún amor irregular puede suplir a lo que da la cualidad de marido y de padre".

(67). Confessions, p. 302 y 303.

(68). Confessions, p. 112, nota. Justice, t. 4, p. 275: "Ya ve Vd. monseñor, que es el cristianismo, la Iglesia y Vd. mismo, quienes sin saberlo me proporcionan la teoría del matrimonio".

(69). Cf. Pornocratie, p. 407: "Los votos son un símbolo

del matrimonio".

(70). Justice, t. 4, p. 295-308. Pornocratie, p. 327-328: "Nuestra descomposición social avanza a ojos vista; cuanto más estudio los síntomas, más descubro que las libertades públicas tienen por base y por salvaguardia las costumbres domésticas".

(71). El quisiera: "Hacer cada vez más inviolable el principio familiar y hereditario"; **Théorie de l'impot**, p. 167. Y p. 142-143: "El que escribe estas páginas pertenece también a la clase de los que llaman los desheredados. Después de más de veinte años, por piedad, por simpatía, por interés personal si se quiere, pero sobre todo, atrevámonos a decirlo, por espíritu de justicia, no ha dejado de defender su causa y de denunciar, con la más áspera vehemencia, las iniquidades sociales. Tanto

como otros, ha reflexionado sobre la propiedad, sobre la familia y sobre las sucesiones, y como otros también ha reconocido en el actual estado de cosas, sus anomalías y abusos. Y bien, cuánta más atención ha dedicado a este estudio, más se ha convencido de que el principio de transmisión hereditaria, dado ante todo por la naturaleza o el instinto paternal, es al mismo tiempo, una de las meiores leves de la economía, de la administración y de la policía de las sociedades; que no es por este lado por donde nosotros, gentes de trabajo que vivimos al día y no tenemos herencia que recibir o dejar, debemos buscar las reformas: que nos importa a todos, por el contrario, tanto a los desheredados como a los que poseen la civilización, hacer cada vez más inviolable el principio familiar y hereditario... Ciertamente, el autor de esta memoria está lejos de compartir la opinión de los satisfechos que se imaginan que todo es lo mejor en el mejor de los mundos; piensa por el contrario, que si desde su origen, la humanidad ha hecho felices progresos, le queda aún otros muchos mayores que realizar; con más de un título ha merecido ser clasificado en la primera fila de la armada revolucionaria. Pero cuanto más se ha pronunciado en el sentido del movimiento, más convence de la importancia que tiene mantener la verdadera dirección. Una sabiduría superior ha colocado el raíl sobre el que rueda el género humano; nosotros romperíamos este raíl si atentásemos contra la ley de la transmisión patrimonial". (72). Solution du problème social, p. 156.

(73). **Justice**, discurso preliminar, 1 (t. 1, p. 253): "El matrimonio, dice una vez más, (op. cit. t. 4, p. 231) es una cosa moral, en la cual el comercio de los sentidos no llega sino como algo accesorio". Y **Pornocratie**, p. 88-89: "El matrimonio, en la fuerza de su idea, es un pacto de abnegación absoluta". Proudhon escribía un día a un desesperado: "Vd. sólo se ama a sí mismo y por esto puede explicarse la intemperancia

de la que Vd. habla". (T. 6, p. 217).

(74). A M. Abram, 31 de mayo 48 (t. 2, p. 332).

(75). A Ackermann, 13 de junio 38 (t. 1, p. 51). A Pérennès, 13 de marzo 39: "Me preparo poco a poco para la única carrera que creo puedo desarrollar con utilidad para mi país; me refiero a la publicación de una Revue du Franche-Comté, etc."

(76). A Huguenet, 11 de marzo 39 (t. 1, p. 95).

(77). A Pauthier, 9 de abril 38 (t. 1, p. 46).

(78). A Pérennès, 21 de noviembre 38 (t. 1, p. 44-45).

(79). T. 1, p. 115. Y el 13 de marzo a Pérennès: "Desde mi llegada a París, a pesar de todo el cuidado que pongo en hacer el vacío a mi alrededor, he sentido disminuir sensiblemente la fuerza y la fecundidad de mi espíritu; mi horizonte se ha estrechado". (T. 1, p. 104).

(80). Justice, t. 1, p. 287. Haciendo a Langlois el elogio de su amigo Chaudey añade, como prueba suprema: "Chaudey es un tipo del Franco Condado". 30 de diciembre 61 (t. 11, p. 310). Cf. a Tissot, 21 de abril 42: "Yo desearía honrar a un

compatriota, honrar al Franco-Condado". (T. 2, p. 32).

(81). 15 febrero 61 (t. 10, p. 321). (81 bis). **Justice**, t. 2, p. 202-204.

(82). Justice, t. 2, p. 401-410, etc.

(83). Nouveaux Landis, t. 3, p. 162, Maurice et Eugène de Guérin.

(84). Justice, t. 2, p. 403.

(85). Justice, t. 2, p. 402-408.

(86). Introduction à l'économie moderne, 2. ed., p. 152.

Cf. Les ilusions du progrès, 4.ª ed., p. 379, nota 1.

(87). Matériaux, p. 434-449. Sorel ha admitido sin embargo que Proudhon había luchado contra la unificación italiana por interés nacional: Quelques mots sur Proudhon, p. 26. Cf. DROZ, op. cit., p. 80.

(88). Igual tesis e igual fin en EDOUARD BERTH, Du

capital aux Réflexions sur la violence, p. 93.

(89). Confessions, p. 346.

(90). 21 de abril 61 (t. 11, p. 23-24).

(91). A Chaudey, 27 octubre 60 (t. 10, p. 184); cf. a X., 22 de junio 62: "El aturdimiento chovinista de nuestros compatriotas (t. 12, p. 130). A Gouvernet, 7 de septiembre 58 (t. 8, p. 175).

(92). EDOUARD DROZ, P.-J. Proudhon, p. 80.

(93). A Bergmann, 9 de abril 60 (t. 10, p. 15). Cf. a Michelet, 23 de marzo 56 (t. 14, p. 183). A Beslay, 7 de abril 60: "Los buenos belgas son bastante hospitalarios conmigo... Yo me desnacionalizo, ¿qué quiere Vd.? Allí donde el hombre encuentra justicia está su patria". (T. 10, p. 9).

(94). Confessions, post-scriptum, p. 353.

(95). P. 167. Pero quiere sobre todo justificarla (p. 122).

(96). 7 de marzo 62 (t. 12, p. 12).

(97). 23 de febrero 62 (t. 11, p. 366). A Buzon, 7 de enero 62: "Yo no creo en Francia: su papel está terminado... Es el lugar de todas las corrupciones que asolan al viejo mundo... Rumía su gloria, como los literatos repasan a los viejos escritores..." (T. 11, p. 334). Ciertamente, Proudhon hubiera necesitado, en estos días sombríos y amargos, acordarse de lo que un día escribiera a su amigo Charles Edmond: "Vd. recuerda tontamente que Francia está podrida, gangrenada, etc. Deje toda esa fisiología falsa e injusta". 24 de enero 52 (t. 4, p. 197); o a Troussart: ¿Cree Vd. francamente que esta nación, tan llena de ardor, de vida en 1847, haya cambiado completamente en seis años?" (31 de agosto 53, t. 5, p. 226-227).

(98). 7 de marzo 62 (t. 12, p. 18).

(99). P.-J. Proudhon, sa vie, ses oeuvres et sa doctrine,

t. 2, p. 38 y 96.

(100). 14 de septiembre 55 (t. 6, p. 251). A Panet, 2 de julio 60: "Una sola cosa me enerva y me mina: es ver el trabajo de descomposición que se hace en la nación francesa" (t. 10, p. 94). A Verdeau, 7 de marzo 62, sobre el estado "lastimoso" en el que ve a Francia: "He resistido todo lo que he podido a esta idea fatal y desoladora" (t. 12, p. 18). A Morand, 4 de marzo 63: su culto al "honor francés" le empuja

a "la angustia", (t. 12, p. 334). A Langlois, 12 de abril 62: "Yo no creo en Francia. Su genio consiste en embrollarlo todo, estropear todo lo que toca, alborotar y ensalzar sus éxitos con vanidad" (p. 47). J.-L. Puech ha dicho, justamente, **Pornocratie**, p. 453, nota 1: "Las apreciaciones y las críticas de Proudhon sobre Francia y los franceses formarían un volumen magnífico y curioso, clarividente y severo, contradictorio en apariencia, exaltante y denigrador".

(101). La fédération et l'unité en Italie (1862), p. 15-17 y 53-54. Justice, t. 3, p. 646-648 (Nouvelles de la Révolution).

(102). A Chaudey, 27 de octubre 60 (t. 10, p. 187).

(103). A Darimon y Edmond, 26 de febrero 50 (t. 2, p. 141).

(104). A Beslay, 6 de febrero 59 (t. 9, p. 13).

(105). A Ackermann, 4 de octubre 44 (t. 2, p. 155).

(106). Justice, t. 3, p. 623, 624 y 625.

(107). A Clerc, 2 de enero 57, (t. 7, p. 194-195).

(108). Mélanges (1870), t. 3, p. 33.

(109). Idée de la Révolution, 4.º estudio (1851), p. 132. Majorats littéraires, (t. 16, p. 115-116, nota): "No es ya, después de 1830, el espíritu francés el que gobierna a Francia... Son todas las influencias malditas venidas del extranjero, que tenemos por revelaciones de la sabiduría humana...".

(110). A Pierre Lerroux, 7 de diciembre 49 (t. 14, p.

285-286).

(111). PAUL CLAUDEL, Charles Péguy en Contacts et

circonstances, p. 219.

(112). Cf. Justice, 9.º estudio, cap. 8.º: "Otro rasgo de la fisonomía de los escritores franceses es su universalidad". (T. 3, p. 629). Proudhon añade, corrigiendo el exclusivismo que Pierre Leroux había exacerbado momentáneamente en el: "En el sabio idioma que crean, así como en los temas que tratan, absorben, asimilan latinos, griegos, orientales, italianos luego y españoles, todo lo que las lenguas civilizadas ofrecen de más bello en giros, figuras, ideas, construcciones. Esta era su catolicidad".

(113). Révolution sociale, p. 296-297.

(114). Fedération et unité, p. 52-53: "Mi patriotismo no tiene nada de absorbente ni de exclusivo, mi dedicación a mi país no llegará jamás hasta sacrificarle los derechos de la humanidad... Yo inmolaría mi patria a la justicia si me viera obligado a elegir entre la una y la otra". Pero "Hecha esta declaración para descargar su conciencia", se vuelve inmediatamente contra los patriotas demasiado tibios o excesivamente poco clarividentes, que le parece que comprometen los intereses de su país.

(115). T. 10, p. 350. Cf. infra. p. 298.

(116). 30 de septiembre 40 (t. 1, p. 243-244).

(117). T. 10, p. 259.

(118). Justice, t. 4, p. 463.

(119). A Buzon, 7 de enero 62, (t. 11, p. 334).

(120). A Cretin, 2 de mayo 58 (t. 8, p. 47). Cf. a Maurice, 12 de junio (p. 87).

(121). T 10, p. 52. Al mismo, 10 de mayo 61: "¡Ah, qué raras son las gentes de ideas y de conciencia!, ¡y qué a gusto me andaría dos leguas cada día por ver a uno! (T. 11, p. 63). Y el 5 de mayo 62: "Su artículo sobre el proceso Mires es el mejor de su vida. Me ha pasado por la cara, al leerlo, un soplo de justicia y de honradez que me ha erizado los cabellos, como a un hombre que se electriza" (t. 12, p. 63). Este es el mismo Chaudey que había de morir víctima de la Comuna en 1871.

(122). GEORGES SORET. Les illusions du progrès, p. 261.

(123). Carnets, 1846.

(124). T. 1, p. XIV. Sin embargo, cierto escrúpulo hace añadir a Desjardins: "No es que Proudhon haya adulado invariablemente a las clases populares" (p. XV).

(125). Misère, t. 1, p. 356-359.

(126). Justice, t. 3, p. 102; t. 4, p. 474: "Nerón, cosa horrible que un demócrata no debe olvidar jamás; Nerón es el

ídolo popular".

(127). MAXIME LEROY, Capacité politique, p. 23. Sin embargo, por los años 1847-1848 Proudhon había pasado por una fase de entusiasmo menos reticente. En mayo del 47, confiaba a su Carnet: "El pueblo es mejor juez que todos los críticos. El pueblo, con su instinto práctico, no se engaña más que cuando razona... El pueblo es casto, moderado y grave... La regla del escritor es buscar lo que piensa el pueblo y expresarlo en su lenguaje". Ver también Solution du problème social, cap. 1.º. La Révolution en 1848. Es cierto que, en el capítulo siguiente, Proudhon distinguía entre pueblo y multitud, y reconocía que el pueblo es "casi un ente de razón".

(128). A Madier-Montjau, 11 de diciembre 52 (t. 5, p. 111). Al mismo, 1 de enero 53 (p. 139). Guerre et Paix, p. 19: "No quiero más del Hércules plebeyo que del Hércules guber-

namental".

(129). A Boutteville, 8 de octubre 52 (t. 5, p. 57): "Las masas, añade, en lo que han realizado pasablemente, han sido empujadas, asistidas, ostensible o secretamente, por espíritus de élite formados en su seno; y cada vez que el pueblo ha sido abandonado a sí mismo, no ha sabido otra cosa que... hacer retroceder a la sociedad" (p. 57-58).

(130). A Beslay, 25 de octubre 61 (t. 11, p. 247).

(131). A X. 12 de octubre 61, (t. 11, p. 222). Révolution sociale, p. 150. Cf. PEGUY, De la situation faite au parti intellectuel: "El pueblo se inclina naturalmente del lado de la potencia, y no del lado de la justicia o de la verdad". (Péguy dice otro tanto de los intelectuales) (Oeuvres, t. 3, p. 80).

(132). En LUCIEN MAURY, op. cit., t. 2, p. 29.

(133). A Delhasse, 20 de febrero 63 (t. 12, p. 300). A Chaudey, 27 de octubre 60, "Nada para la populachería" (t. 10, p. 187).

(134). A Tilloy, 22 de septiembre 56 (t. 7, p. 134).

(135). Justice, t. 4, p. 393 y 394.

(136). T. 11, p. 246.

(137). T. 11, p. 246-247 y 309.

(138). A Clavel, 26 de octubre 61 (t. 11, p. 260).

(139). 4 de marzo 62 (t. 12, p. 6-7). Révue sociale, p. 152. Notemos en todo caso que su juicio sobre el pueblo no implica pesimismo sistemático alguno. Escribía en su Carnet el 8 de octubre 52: "Afirmamos la posibilidad de una educación del pueblo". Y nunca ha renunciado a ello.

(140). A Buzon, 1 de junio 63 (t. 13, p. 91).

(141). A Madier-Montjau, 11 de diciembre 52 (t. 5, p. 111).

(142). A propósito de su obra sobre la Révolution sociale, que alcanzó el éxito, escribía a Beslay el 29 de julio 52: "Hoy se hacen fiestas a mi folleto; dentro de seis meses, si vengo a untar con ajo la nariz de cualquier prejuicio, seré de nuevo abandonado" (t. 4, p. 300).

(143). Confessions, p. 185.

(144). A Defontaine, 29 de septiembre 63 (t. 13, p. 149-150). Cf. a Boutteville, 11 de marzo 59 (t. 9, p. 29). Entre otros rasgos de este género: a Mathey, 8 de febrero 64 (t. 13, p. 234).

(145). T. 11, p. 9.

(146). T. 13, p. 182. O a Girodin, 29 de febrero 63 (t. 12, p. 323).

(147). T. 7, p. 113.

(148). A Edmond, 19 de diciembre 51 (t. 3, p. 150). (149). A Milliet, 2 de noviembre 62 (t. 12, p. 223).

(150). A Suchet, 27 de junio 61 (t. 11, p. 131).

(151). Cf. la carta de recuerdos dirigida a Weiss en 1836 (t. 1, p. 17-23).

(152). A Bergmann, 22 de diciembre 39 (t. 1, p. 173).

(153). **Propriété**, p. 311. Escribe a Ackermann el 4 de octubre 44: "De todos los miembros de nuestra vieja y pequeña sociedad, yo soy el único que ha conservado el lazo filadélfico". "A través de mí todos nuestros amigos tienen noticias unos de otros..." (T. 2, p. 158).

(154). T. 6, p. 76. Y el 22 de septiembre 53, le recuerda "aquellos buenos días de amistad íntima que hemos pasado juntos a la sombra del palacio de S. Luis" (t. 5, p. 254).

(155). T. 11, p. 14. Ver también la hermosa carta de excusas que le envía el 27 de noviembre 57, después de una escena de cólera (t. 10, p. 361).

(156). A Suchet, 3 de octubre 54 (t. 6, p. 75).

(157). 15 de abril 61 (t. 11, p. 9).

(158). Le escribe el 22 de octubre 46: "Tengo una docena de amigos (son muchos para un hombre) que no olvido jamás, ni en la buena ni en la mala fortuna, que son parte esencial de mi existencia y en los que pienso ante todo en todo lo que emprendo y me pase lo que me pase: tu eres siempre el primero de la lista (t. 2, p. 222). Obsérvense sobre todo las cartas del 5 al 9 de abril de 1854; después de siete años de silencio (t. 6, p. 5-10 y 14-18).

(159). 2 de enero 57 (t. 7, p. 193).

(160). Por ejemplo a Madier-Montjau, 1 de enero 53 (t. 5. p. 138-147); a Maurice, 1 de abril 59 (t. 9, p. 55-59).

(161). A Bellauche, 24 de agosto 56 (t. 7, p. 121). Señalemos a este propósito que el arte epistolar de Proudhon triunfa en sus cartas de agradecimiento: por ejemplo, por un pâté de perdiz (t. 3, p. 41), o también por un envío de vino (t. 10, p. 161-162). En cuanto al vino, era un aficionado y un conocedor, pero sobrio.

(162). Cf. RAOUL LABRY, Herzen y Proudhon, p. 123.

(163). A Penet, 2 de julio 60 (t. 10, p. 90-95).

(164). T. 13, p. 217-218.